

TRES TEMAS EN LA LÍRICA GRIEGA

María Esther Conejo

Estudiar la poesía lírica de un autor equivale en cierta forma a observar el desarrollo de la sensibilidad que lo guía - a través de las emociones líricas- a la creación de su obra; la esperanza, la alegría de vivir, el entusiasmo, tanto como la inquietud o el sufrimiento, provocan en el poeta emociones que lo mueven a crear. El amor, el honor, la muerte, la amistad traicionada, son algunos de los grandes temas que hacen a un poeta antiguo o moderno, revelar su interioridad; también -en muchas ocasiones - el poeta reacciona, con crítica, o con alabanza, al mundo que lo rodea.¹

En el caso de los líricos Griegos, la gama de temas en que se inspiran es muy amplia y revela perspectivas muy diversas de un poeta a otro, y aún dentro de la obra de un mismo poeta. En cada autor se distinguen temas favoritos: el hedonismo de Mímnemo, el vino y la política en Alceo, el amor en Safo, la sabiduría en Jenófanes, la justicia en Solón, pero también es interesante investigar como los poetas griegos, en su mayoría, incursionaron individualmente en casi todos los temas existentes. Y es precisamente allí donde reside el encanto de cada uno -y del conjunto- al observar el genio individual o el sesgo personal que despliega cada uno de ellos al plasmar su propia experiencia en relación con un tema.

Si se toma por ejemplo el tema del amor, tema favorito de los y las poetas en Grecia, se encuentra -primero que todo- una gran diferencia con respecto su tratamiento en los Poemas Homéricos, anteriores en el tiempo. Si bien éstos desarrollan el tema, lo hacen sobre todo refiriéndose a los dioses inmortales, evitando en general lo erótico y con un lenguaje que aunque expresa de-

seo, no describe ni los sentimientos ni los tormentos del amor. En el himno homérico a Afrodita, todavía de esa época pero más cercano a la aparición de la lírica, que se produce a fines del siglo VIII y principios del VII, ya existe un cierto tono erótico al describir la unión de la diosa con Anquises, y es muy posible que su lenguaje -aunque formulaico obedeciendo las leyes de la épica- así como sus imágenes, hayan influenciado en este sentido a los poetas líricos. Pero el paso crucial que marcó la gran diferencia con la épica, fue el uso, por vez primera, del pronombre personal en primera persona, con el cual los y las poetas se atrevieron a expresar sus sueños, sus deseos, sus temores, sus percepciones más íntimas, en los poemas que compusieron.

Existen unos pocos fragmentos de Arquíloco, que evidencian los primeros intentos de describir emociones amorosas o eróticas de carácter personal.

Amor, dentro de mi pecho
cruel ardor moviendo,
de nieblas fue esparciendo
mi vista a mi despecho;
y con ánimo avieso
del tierno corazón, robóme el seso.
Y así, infeliz ahora,
por voluntad del cielo,
lleno de desconsuelo,
y rendido a deshora,
y todo traspasado,
del hueso a las médulas ha calado.

En este pequeño poema, Arquíloco siente el amor casi como una dolencia que se va apoderando de todo su ser, y lo describe con imágenes

y lenguaje casi épicos. En otros poemas, Arquíloco se declara "entendido en los dones del amor", y una vez que ha tomado práctica, se encuentran algunos y ambos que nos hacen sonrojar.²

Safo -máxima representante del género amoroso en la lírica griega- eleva el amor a un criterio de valor; en uno de sus poemas contrasta lo que muchos de sus contemporáneos consideran como la más bella visión -un desfile de caballería o de la flota naval- con lo que ella considera de más belleza y más valor: contemplar al ser que se ama. En otro poema, 'me parece igual a los dioses' Safo sobresale como protagonista de sus propias emociones amorosas, desplegando un realismo que sorprende al lector; al mirar a la persona amada, se describe:³

...Lo que me trastorna el corazón
en el pecho, es mirarte brevemente
y el no quedarme nada de voz,
la lengua se me enerva y un fuego sutil
corre rápido debajo de mi piel,
nada veo con mis ojos, me zumban los oídos,
me corre el sudor; un temblor me asalta
toda entera, y me pongo más pálida que la hierba
y es como si me faltara poco para morir...

Longino, que preservó el poema para la posteridad, lo analiza en los siguientes términos: "Safo en su poesía siempre escogió las emociones que participan del extravío del enamorado, de entre aquéllas que acompañan a esta pasión en la vida real. ¿Dónde muestra su excelencia?, en la habilidad con la cual selecciona y fusiona las más extremas e intensas manifestaciones de estas emociones"⁴. Otro de sus famosos y muy leídos poemas, transmitido por Dyoniso de Halicarnaso, es la invocación a Afrodita,⁵ objeto de numerosos estudios en la actualidad; es igualmente la expresión subjetiva de una pasión y a la vez constituye una atenta auto observación que Safo hace de sus sentimientos, y que define poéticamente en forma de invocación.

Alceo, como muchos otros poetas griegos, se inspira en temas amorosos, tanto reales como míticos. Escribió en forma liviana:⁶

Oh, si mi lira fuera
de marfil fabricada,
y si al coro de Dionysos me llevase

una tropa ligera
de jóvenes formada,
y todo mi semblante relumbrase,
y hermoso se ostentase
cual oro no tocado,
y de una hermosa niña fuese amado!

Pero en otro de sus poemas, describe con delicada simpatía el amor de Peleo por la frágil Nereida Tetis, y lo contrasta con la desdichada unión amorosa de Helena y Paris, que trajo consigo la destrucción de Troya.

Otro gran poeta del amor de cuya obra se tiene poco, es Ibico, pero en lo poco que queda se aprecia su valor. En uno de sus poemas trata de plasmar la ambivalencia de los sentimientos amorosos que lo asaltan al describir por un lado la dulzura, por otro el ímpetu que experimenta cuando eros lo asedia -no solo en la primavera que es lo corriente- sino en todas las estaciones. En otro fragmento - de una época en que el poeta llegaba a una edad avanzada- Ibico teme, cuando, contra su voluntad, siente llegar de nuevo las seducciones de eros que lo perturban.⁷

Otra vez Eros, debajo de los párpados
mariazulados, mirándome lánguido
con sus ojos, me arroja con toda clase
de seducciones, en las redes
inextricables de Cipris.
Y ahora tiemblo cuando se acerca
como caballo que, acostumbrado a ganar,
cerca de la vejez es ensillado
y contra su voluntad enviado
a una contienda de carros veloces.

Anacreonte, que florece casi un siglo después de Safo, tiene una opinión muy clara sobre Eros:

...quiero cantar al espléndido Eros,
rebotante de guiraldas multicoloradas,
él, señor de los dioses y dominador
de los hombres.⁸

Anacreonte, con estudiada liviandad, ofrece un interesante contraste con Ibico en dos cortos poemas: en uno de ellos, jugando con el doble sentido -al comparar a una joven con un bello corcel de Tracia-habla en un tono divertido y delicado sobre sus habilidades en equitación. Sin

embargo, en otro poema, ya entrado en años como en el segundo poema de Ibico, Anacreonte reconoce -tal vez con amargura- estar de nuevo enamorado gracias a las artimañas de un juguetón Eros, pero la joven lo desdenea.

El heroísmo es otro tema importante desarrollado con frecuencia por los poetas líricos griegos. Aparece inspirado en algunos de los poetas más tempranos por el concepto de la 'areté' heroica, pero conforme avanza el tiempo va tomando en otros valores diferentes y nuevos.

En Tirteo por ejemplo, como en Calino, el heroísmo se produce en función del honor y la gloria.

Mas del hado de muerte libre sea,
y en la lid arrebate la victoria,
y vivo, y salvo, y triunfador se vea!
Aquí ya empieza su eternal memoria;
hónralo el joven, hónralo el anciano,
pasa la vida en deliciosa gloria.⁹

En los poemas y fragmentos existentes de ambos elegistas, es evidente la influencia homérica; sin embargo el tema es abordado desde la perspectiva del valor al servicio de la patria, con lo cual estos dos poetas 'actualizan' el concepto de areté, adaptándolo a su propio tiempo, lugar y circunstancia. En ellos todas las posibles virtudes son inútiles si no existe el valor.

Simónides también admira el heroísmo desplegado en el campo de batalla. Existen numerosos epitafios suyos dedicados a los caídos en las guerras contra los persas; es famoso el que escribió para los héroes espartanos caídos en la batalla de Las Termópilas, que nos fue transmitido en las páginas del historiógrafo Herodoto.¹⁰

¡Oh extranjero! ve y anuncia a los espartanos
que aquí yacemos los que obedecimos a sus leyes.

En este conciso epitafio, Simónides deja clara constancia del honor y coraje de los que sacrificaron su vida por la patria.

En este tema, tanto Calino y Tirteo como Simónides coinciden en el fondo, pero la forma de expresar el heroísmo es muy personal. Tirteo describe ampliamente a los héroes en plena batalla y se detiene a admirar la belleza física y la

gloria del joven héroe caído, la suerte incierta y sin honor del desertor, o la gloria inefable del héroe que logró sobrevivir. Simónides por su parte reconcentró toda su admiración por los héroes en el laconismo de unas pocas líneas, sin muchas palabras de alabanza ni expresiones de dolor, pero con una gran fuerza expresiva.

Píndaro también amó la actitud heroica frente a la vida, pero difiere mucho de sus contemporáneos por su punto de vista de noble conservador. Para Píndaro, la gloria del héroe es un don de los dioses al hombre, que le confiere inmortalidad. Por esa razón, en sus epinicios, alaba al héroe victorioso de los grandes juegos panhelénicos, merecedor de honor y gloria, como si se tratara de un héroe homérico. C. M. Bowra describe así la actitud heroica según Píndaro "...una victoria en los juegos es... tan completa como una victoria en la batalla cuando el antagonista principal es muerto. Esta demanda de finalidad, de decisión inalterable, es parte de la creencia de que los juegos son una prueba de hombría...(Píndaro) ve el atletismo y la guerra como partes de un todo, que requiere las mismas cualidades, presenta el mismo reto y termina en resultados similares."¹¹

Píndaro es en este tema la antítesis de Arquíloco. Ni noble ni conservador, para Arquíloco, la realidad inmediata de su entorno y su propia opinión de ella es lo más importante e influye en su forma de apreciar el heroísmo. Mientras en uno de sus poemas describe su ideal de lo que debe ser un general, lleno de valor y con paso seguro, en otro deja muy claro que para él, la vida es más importante que muchas otras cosas, y el heroísmo no se justifica perdiéndola:

Alguno de los Sayos alardea de mi escudo
que tras un matarral dejé tirado, ¡ay!
contra mi voluntad; pero escapé de la muerte.
¡Que se pierda el escudo! Me compraré otro
aún mejor.¹²

Arquíloco enuncia aquí su ruptura con el ideal de la tradición homérica, y proclama sus nuevos valores individuales. Con su incisiva sátira, casi se ríe de sí mismo al confesarlo mientras reafirma en el otro poema, 'Mi general', su

nuevo ideal del valor intrínseco en el que la apariencia y la fama ya no son tan importantes.

Alceo, que comparte con Arquíloco su doble misión de guerrero y poeta, también compuso un poema en que deja perdido el escudo, sin sentir por ello que ha perdido el honor. Estos nuevos valores contrastan con los tradicionales, y son testimonios de los cambios que se producen en la sociedad de esta época y sus valores, con respecto a la época y valores homéricos.

Jenófanes por su parte desdeña todas las concepciones de heroísmo atlético, en boga en su tiempo, y establece todavía otros valores:¹³

...

También si vence en una carrera de caballos, obtiene todo eso, aunque no lo merezca como yo, porque mi sabiduría vale más que la fuerza de hombres y caballos. Aquello se evalúa con poco raciocinio; no es justo anteponer la fuerza a la hermosa sabiduría.

...

Este poema refleja el pensamiento de la naciente filosofía eleática, de la cual Jenófanes es precursor, al proclamar que la sabiduría en un hombre es superior a su fuerza, su valor o su condición atlética.

El destino, la conciencia de la dependencia del hombre a fuerzas externas a él es un tema muy revelador de sentimientos y creencias en la gran mayoría de los poetas líricos Griegos. Arquíloco por ejemplo quien cree que todo lo que el hombre posee se lo debe a 'tuje' la suerte y 'moira' el destino -dos fuerzas superiores- se angustia al pensar que el mero pensamiento de los dioses puede cambiar todo en un instante. Para Arquíloco la vida del hombre no es ni fácil ni segura, es más bien dura y cambiante, y la angustia que esta situación le causa, caracteriza muchos de sus poemas y fragmentos. En algunos, el patetismo sobresale, en otros es el tono amargamente burlesco el que predomina:

Tuyo es Zeus, el imperio de los cielos,
y sobre los mortales tú derramas
las obras de injusticia abastecidas,
sin olvidar también las temerarias.¹⁴

Su intensa preocupación por la relación del "yo" con la realidad inmediata, que lo revela como el precursor de la individualidad en la

poesía lírica, lo inspiró a plasmar en sus versos este sentimiento de indefensa sujeción del hombre a las fuerzas del destino. Y sin embargo, como ser humano pensante, esgrime su derecho a defenderse:

Corazón, corazón, agitado por olas de penas sin remedio
levántate y defiéndete de los malvados a pecho abierto;
yérguete firme entre las insidias enemigas; no te ufanes
abiertamente al vencer, ni llores encerrado en tu casa,
al perder. Alégrate con las cosas agradables, y no te
aflijas demasiado por las tristes. Date cuenta: hay
un ritmo que rige la vida humana.¹⁵

Teognis, en una situación totalmente diferente a la de Arquíloco, también se lamenta describiendo su suerte. Desde su posición de aristócrata que enfrentó y sufrió los cambios políticos y sociales de su región, compuso con vehemencia poemas llenos de amargura en los que deplora la triste existencia que lleva en el exilio:

Polipáides, oí sonar agudo el grito del pájaro,
que vino a anunciar a los hombres el tiempo de arar.
Y golpeó mi abrumado corazón,
pues otros poseen mis florecientes campos
y los mulos ya no llevan para mí el leño del arado,
desde mi último viaje marino.¹⁶

...

Su patético lamento al escuchar el canto del hurón, que le trae el recuerdo de sus tierras perdidas, tiene una gran nostalgia y una queja contra las injusticias del destino.

A Mimnermo, poeta iniciador del hedonismo, lo aterra la brevedad de la juventud, la molesta vejez y la inevitabilidad de la muerte; al culpar de todo ello a los dioses, proclama que lo único de valor que queda para él es el placer, sobre todo en el amor. Solón, que por un lado reconoce que el sol no alumbra más que miserias en el mundo, por otro se muestra amante de la vida y suavemente reprocha a Mimnermo que prefiere morir antes que envejecer -pues él, Solón, desea prolongar su existencia entre sus amigos, experimentando cosas nuevas. Solón sin embargo siente dolor por la suerte infeliz de los hombres y las limitaciones que sufren en sus acciones.

W. Jaeger, refiriéndose a Simónides en relación con este tema, dice " Simónides de Ceos

es un testimonio de la más alta importancia para explicar un proceso espiritual que se desarrolla de un modo creciente y persistente en la lírica jónica a partir de Arquíloco y que penetra en el corazón mismo de la ética aristocrática: la conciencia creciente y persistente de la dependencia del hombre, en todas sus acciones, en relación con el destino¹⁷. De hecho Simónides, que en sus versos define a los hombres como simples mortales que sufren por lo que hacen, percibe la brevedad de la vida, lo efímero de la juventud, la asombrosa rapidez con que cambia la suerte de los hombres:

Como hombre que eres, nunca digas lo que pasará mañana, ni, al ver a un hombre afortunado, por cuánto tiempo lo será; de hecho ni el vuelo de una mosca sufre cambio tan rápido.¹⁸

Simónides siente la incertidumbre del mañana, pues ve la vida como una sucesión de trabajos y esfuerzos, a menudo vanos y deplora el hecho de que la muerte siempre espera al final para igualar a buenos y malos.

En el estudio de tres de los muchos temas que desarrollan los poetas líricos griegos, se puede apreciar la versatilidad de unos, la profundidad y sabiduría de otros, su vivencia emotiva, su vena cómica o trágica; pero por sobre todo resalta, con el brillo de lo que se experimenta por primera vez, el grito de lo íntimo, de lo personal, de lo que toca las fibras más profundas del ser humano que, como ellos, en los siglos sétimo y sexto antes de nuestra era, comienzan a vislumbrar y expresar la emergencia de la individualidad para el mundo occidental.

Notas

1. Para un estudio exhaustivo en la materia, ver Johnson, W.R. *The Idea of Lyric*, Berkeley, 1982.
2. Arquíloco, Diehl 104; la traducción fue tomada de la edición de Federico Sainz de Robles.
3. Safo, Diehl 2; traducción de la Dra. Clara Corneli M.
4. Longino, *Tratado Sobre lo Sublime*, 10, 1-3
5. Safo, Diehl 1; tr. C. Corneli. Dion. Halic. Comp. 23
6. Alceo, tr. tomada de F. Sainz de R.
7. Ibico, Diehl 7; tr. C. Corneli.
8. Anacreonte, tr. C. Corneli.
9. Tirteo, fragmento del poema Diehl 9; tr. F. Sainz de R.
10. Herodoto, *Historias*, VII. El epitafio es Simónides, Diehl 92; tr. C. Corneli.
11. Bowra, C.M. *Landmarks in Greek Literature*, New York, 1969, 110.
12. Arquíloco, Diehl 6; tr. C. Corneli.
13. Jenófanes, fragmento del poema Diehl 2; tr. C. Corneli.
14. Arquíloco, tr. tomada de F. Sainz de R.
15. Arquíloco, Diehl 67a; tr. C. Corneli.
16. Teognis, líneas 1197 a 1202, estándar en todas las ediciones; tr. C. Corneli.
17. Jaeger, W., *Paideia*, México, 1971, 204.
18. Simónides, Diehl 6; trad. C. Corneli.